

Solo un pez

Autor: Miguel Ángel Rodríguez Marcos

A la gente de secano nos fascina el agua, nadie capta mejor la magia de un río o de una fuente como aquel para el que el agua es un bien escaso o lejano.

Una gran parte de mi infancia transcurrió en torno a los pilones de las fuentes, en las charcas y en el arroyo al que en el pueblo pomposamente llamábamos “río” y en realidad era poco más que un hilillo de agua que en lo más duro del verano se secaba en algunos tramos. En torno a estos oasis acuáticos pasábamos los críos casi toda la temporada de calor y los considerábamos verdaderos tesoros en medio del secarral en el que se convertía el pueblo entero en verano, en estos lugares la vida sobrevivía al estiaje y había todo un ecosistema de algas, larvas, renacuajos e insectos que los convertía en un espectáculo permanente para quien sabía mirar.

El río era mucho más complejo y a lo anterior se añadía la magnífica vegetación de ribera, la sombra, la hierba y toda la vida arbórea asociada a la presencia de agua. Solíamos ir a bañarnos y sobre todo a pescar cangrejos (que era el deporte por excelencia en el pueblo) e incluso algunos pececillos, sobre todo bermejás y alevines de barbo.

Me hice mi primera caña a los 11 ó 12 años con una vara de cañizo que encontré en una obra y diversos útiles caseros; no se me ocurrió que podía comprarse hecha y me limité a seguir las descripciones de un libro de Mark Twain que estaba leyendo en ese momento.

Con mi caña casera pesqué bermejuelas, algún escacho e incluso algún barbo en las pozas permanentes de los tramos bajos del “río” de mi pueblo.

A los 13 años mi hermana, que vivía en Soria, me regaló una estupenda caña de fibra de vidrio y carrete automático que a mí me pareció hecha con tecnología espacial y fue la admiración y la envidia de todos los chicos del pueblo.

Tras este regalo era evidente que había que pasar a la pesca mayor y armado de licencia, bicicleta y cesta me lancé a la conquista del Duero y comencé a frecuentar diversas zonas de Almaráil, Rituerto, Valdespina y Cubo de la solana. No obstante mi lugar favorito siempre fue el azud de Almaráil y sus alrededores. Para mí siempre fue un sitio mágico que visité siempre que pude en los años siguientes.

La historia que voy a contar sucedió poco antes de cumplir los 15 años.

Acabábamos de terminar la cosecha y en mi casa disfrutábamos de eso que ahora se llama tiempo libre y que en mi adolescencia apenas existía (y por lo tanto no tenía nombre) porque siempre había algo que hacer y no hacerlo no era un derecho sino vagar.

Una de estas raras tardes cogí los trastos y me fui a Almaráil a pasar la tarde pescando, tras llegar al azud dejé la bici en la chopera de la entrada y en los primeros lances cogí varias bogas que fueron al cesto sin contemplaciones.

Al rato de estar pescando noté un tirón muy fuerte al recoger y el hilo cedió algo, pensé que el anzuelo se había enganchado en el suelo e hice maniobras para desengancharlo comprobando que el sedal se desplazaba lateralmente, pensé en una rama y seguí tirando hasta que vi aparecer una aleta monstruosa y un lomo negro de un pez de un tamaño que nunca había visto.

No lo podía creer, era enorme.

Maniobré durante un buen rato con él procurando tener tensado el sedal pero sin intentar sacarlo porque estaba seguro de que se rompería el hilo. Le dí carrete, lo cansé y como pude lo arrastré hasta aguas someras donde lo recuperé y pude admirar el magnífico ejemplar de barbo que acababa de capturar. Medía más de 60 cm y debía de pesar en torno a los 4 kilos.

¡Era increíble!

Lo miré largo rato y como no me cabía en la cesta lo dejé en unas vergazas húmedas a la sombra, cerca de donde estaba pescando.

Intenté seguir a lo mío pero no podía, la vista se me iba una y otra vez hacia dónde estaba el pez, me tenía hipnotizado, lo veía moverse periódicamente en las vergazas húmedas, luchando tenazmente por vivir.

Fui a verlo varias veces con la esperanza de que hubiera muerto y así alejar la inquietud que progresivamente iba apoderándose de mí... Pero no, seguía vivo y me miraba fijamente con sus ojos de pez...

Unas veces parecía decirme:

“¡Por favor, suéltame! ¡No ves que estoy ahogándome!, ¡no ves que estoy sufriendo!, ¡no te das cuenta de que no te he hecho nada!”

Otras veces le oía pensar:

“¡Cacho cabrón, por qué me haces esto, yo soy el rey del río, o me sueltas o te echo una maldición para que te vuelvas asmático y sepas lo que es ahogarse!”

“¡Suéltame de una puta vez!”

Yo intentaba no hacerle caso, pero sus pensamientos resonaban en mi cabeza como si gritara con un megáfono.

También con el pensamiento le respondía:

“¿Tenías tu compasión de los peces que te comías?”

“¿Eran algo para ti los alevines o las larvas ajenos?”

...Si yo soy un cabrón tú también lo eres.

Intentaba volver a pescar y pensar en otra cosa.

Pero no...TOC...TOC...TOC... ¿Hola? que soy yo, el pez...

-Tú no puedes ser, porque es casi seguro que ya estas muerto y los muertos no dicen nada...Además , no sabes hablar, apenas piensas y si piensas no lo haces en la misma longitud de onda que yo, por lo tanto : ¡TÚ NO PUEDES DECIRME NADA!, ¿ME OYES?, ¡NADA DE NADA!, ¡ENTERATE DE UNA VEZ!.

Por unos instantes hacía como que pescaba y me negaba a volver la cabeza para ver si seguía vivo.

De repente otra vez:

- ¡Por favor!
- ¡Por favor!
- ¡Por favor!

Al fin me giré y vi un pequeño movimiento en las vergazas, ¡Seguía vivo!...

¡Joder! ¡Es imposible!

Dejé la caña en el suelo y me acerqué. Allí seguía, con su cara de pez, con sus ojos de pez, mirándome fijamente como si me conociera...

Esta vez me abordó en plan colega: “Macho, tú no puedes hacerme esto, es la mayor putada que me han hecho en mi vida, estoy en las últimas...Pero si me devuelves al agua me olvido de todo, te perdono y tan amigos. ¿Vale?”.

Me lo pidió de tan buenas maneras que lo cogí y lo lleve al agua en una zona poco profunda y lo mantuve allí hasta que se recuperó. Juraría que me sonrió...Y si no fuera porque los peces no tienen parpados me habría guiñado un ojo.

Jugué un rato con el en el agua y recuperó la vitalidad y la compostura (que suelen ir de la mano) De vez en cuando parecía que me miraba, agradecido y aliviado.

Yo también sonreía como un gilipollas y mentalmente le decía: “Ves como no soy tan cabrón...Respira...Respira.”

Un intento de fuga por su parte me devolvió a la realidad. Volví a cogerlo y lo dejé de nuevo en las vergazas gritándole (mentalmente):

-¡Estoy por encima de ti en la escala evolutiva!

-¡Soy el vértice de la pirámide!

-¡Tengo derecho a pescarte y a comerte!!Me importa un bledo lo que me digas con tu primitivo cerebro de pez!

-¡Ahí te quedas!

Lo dejé sin contemplaciones y me puse a pescar de nuevo...Pero ya no era lo mismo.

-¡Por favor!...

Yo, ni caso, lanzo, recojo, lanzo...

-¡Por favor!...

-¡Por favor!...

Dejo la caña en el suelo y me vuelvo hacia la sombra cabreado, dispuesto a darle una pedrada en la cabeza y a acabar con esta historia de una vez.

Me acerco a las vergazas y allí seguía, con sus ojos de pez y su boca de pez abriéndose de vez en cuando.

Me miraba de reojo mientras buscaba una piedra adecuada.

-¡Por favor!...

Encuentro la piedra, la sopeso, pienso donde tengo que darle para que no sufra, comienzo a sufrir yo...Lo sujeto en el suelo...

El pobre animal comienza a agitarse, esta vez sin decir nada, rendido y sin esperanza.

Nos miramos una última vez como para despedirnos...Tiro la piedra al río y jurando en los pocos idiomas que sabía agarro al pez y vuelvo a dejarlo en la orilla, en el agua, lo muevo hasta asegurarme de que está bien vivo y después lo dejo marchar.

Esta vez, mientras se marchaba hacia el centro de la corriente, aunque los peces no tienen párpados, estoy seguro de que me guiñó un ojo.

La voz se calló en mi cabeza y me quedé contemplando el río desde la orilla a la mágica luz de la tarde. Me pareció nuevo, completamente distinto, más bonito que nunca, se escuchaba el ruido de la cascada, la luz era dorada y el sol se filtraba entre las ramas de los árboles. Sobrevolando el agua había miles de insectos, saltaba algún pez y la frescura de la tarde lo invadía todo.

La caña yacía en el suelo como un objeto del pasado, ajeno a mí.

Me sentí estupendamente mientras recogía los trastos para volver a casa.

Ya no era el mismo que a primera hora de la tarde y sabía que no iba a volver a pescar.

Aquella tarde de agosto, en el azud de Almarañal comprendí algo que ha condicionado mi forma de ser y de pensar durante el resto de mi vida: Que hay algo mucho más interesante que matar, que es dejar vivir y que contemplar e intentar comprender los complejos mecanismos e interrelaciones de la naturaleza es el mejor de los trofeos.